



## Nerina

Victoria Chacón\*

“¡Quién diría! De mirarla, uno se imagina más un romance que un homicidio”, pensó Núñez esa mañana cuando la trajeron a la comisaría. Y no era el único. El viejo Linares pensaba igual. “Linda piba”- dijo, apenas comenzadas las indagatorias. Como el pueblo era chico y para apurar un poco la cosa, se juntaban los vecinos en una casa y se les pedía información a todos juntos. A Linares se lo encontró en casa de la Chueca. La gorda Méndez, prendida a la pava, repartía mate a lo bruto. Las tetas gigantes apoyadas sobre la mesa, envueltas en un batón horrendo con florcitas rojas, en extraño *composé* con la gorra que escondía pésimamente los rulos plásticos. “Mire detective, si usted anda buscando gente que se le eche en contra a la Nerina, por acá no la va a encontrar, seguro. Todo el mundo en el pueblo la quiere.” Tres pares de ojos de simples lo miraban fijamente expresando un consenso tácito que parecía estancado en el aire caluroso y polvoriento de la tarde. Núñez chupó el mate. Empezaba a brotarle la transpiración por la frente. Enemigos no era una palabra que pudiera emparentarse con esa criatura. Ese pelo largo, castaño, que bajaba desde la cabeza ondulándose en armonía con el mundo. Esos ojos grandes, verdes que acompañaban el color oliva de la piel. Esa piel suave, cubriendo las piernas eternas bajo esas polleras que cada tanto descubrían un par de alpargatas. Esa voz. Esa paz. Esa mujer... “Es tranquila, la flaca”, dijo el viejo. “Se la sabe ver en bicicleta, con alguna plantita en el canasto haciendo entregas a los vecinos que no se pueden llegar hasta el vivero. El resto del tiempo se lo pasa en su casa, entre las plantas y los gatos. Anda siempre sonriente, siempre... a menos que ande con el Gurí.” Estrujó la boina con los dedos huesudos. “Nooo, pero ¿cómo se le va ocurrir semejante cosa? La Nerina no es gente de andar maltratando a los demás. Todo lo contrario, oficial. ¡Ese mocoso se tendría que haber pasado la vida besando el suelo por donde caminaba la madre!”. La voz de la Chueca sorprendió a Núñez. Nunca hubiera pensado que esa cosita oscura sentada enfrente de él pudiese tener una voz tan grave. “No se puede decir que se los viera mal. Ella andaba siempre

---

\* Victoria Chacón es Traductora Pública Nacional en Lengua Inglesa, graduada de la UNLP. Vive en Chacabuco y se desempeña como docente en el ámbito privado y el nivel superior.  
[vivkychacon81@yahoo.com](mailto:vivkychacon81@yahoo.com)

limpiándole los mocos, acomodándole la paja que le vino por pelo... como toda madre. “La mano regordeta de la Méndez impuso silencio plantando el mate sobre la mesa. “Disculpémé pero el caso es que el chico le salió raro. Y nuestoy diciendo nomá por lo tonto, que bien sabido es que se andaba juntando con los otro mocosito del barrio cuando tendría ya que haberse mandao ‘pal baile. Digo raro porque el Gurí daba mala espina. Siempre mirando de reojo con esa sonrisa ladeada. A la madre no le gustaba nada que anduviese mirando así a la gente. Cuando lo pescaba lo mandaba pa’juera.” Se hizo un silencio incómodo. El viento que se colaba por el mosquitero de la cocina no traía más que polvo y el aire cada vez estaba más pesado. La Chueca devolvió el mate con una lentitud pensativa. Finalmente se decidió. “La cosa no está clara pero parece que la maestra la llamó a la Nerina para informarle que le habían echado al Gurí de la escuela. Nunca se dijo nada pero vió como es el pueblo, de lo que no se habla es de lo que más habla la gente. Dicen que la Nerina no protestó. Lo agarró de la mano y se lo llevó a la casa. Ni una palabra pero el chico nunca más a la escuela. La maestra, de lo más nerviosa, los miraba desde la puerta. Un par de veces que pasé por el vivero me los encontré a los dos sentados a la mesa con una pila de cuadernos y papeles. Parece que le tocaba enseñarle a ella ahora. Y la Nerina no era gente de andar con nervios, usted sabe. Pero era encontrarlos así y verle los ojos tiesos. Al rato nomás de andar entre las plantas le volvía la mirada dulce... y el Gurí sentado, mirando de reojo. Con esa sonrisa”. Núñez miró con atención a la Chueca. Hacía un calor seco y pesado. Sin embargo, los brazos oscuros de la Chueca mostraban la piel en relieve. Ella bajó la cabeza y Núñez notó que el polvo también se le había instalado en el pelo negro. La gorda Méndez le puso el mate adelante. Humeaba. “La Nerina nunca dijo nada sobre el padre del Gurí pero en el pueblo se comentaba, ¿sabe? Que si la cosa no hubiese venido atravesada de cuajo hubiese sido todo distinto. ¿O no va un padre a visitar a su hijo por más mal que se lleve con la madre? No, la cosa venía podrida del principio. Y la Nerina no era pa’ andar preguntándole, que ahí nomás cazaba algún yuyo y de repente andaba toda ocupada y del tema ni jota. Pero igual la gente habla. Cuando ella llegó al pueblo ya venía preñada de hace rato. Como regalo de bienvenida, la Elba le tiró las cartas. Dice que los naipes le hablaban de un hombre, petiso como el Gurí, que cuando se lo describió a la Nerina se terminó el regalo y ahí nomás salió pa’ la casa. Pero la Elba se acuerda. Parece que el tipo la siguió a la Nerina una noche allá en Buenos Aires. Ella lo tenía visto. Parece que había tomado por costumbre andar por donde estaba ella. Y ha de haber pensao que era uno de esos locos inocentes, ¿vio? Pero parece que la rondaba, y tenía una manera de mirar... como de costao. Y parece que una noche la siguió nomá. Por más que la Nerina se le resistiera, el petiso era forzado. Así son todos los lentos de marote... forzudos. Y la Nerina ni una palabra. Se desapareció de Buenos Aires y se vino pal pueblo. Ha de haber tenido la esperanza de

olvidarse de esa historia tan fulera.” La mano de la Méndez cubría casi todo el mango de la pava. El agua caliente bañó el mate casi lavado ya. Los ojos celestes del viejo Linares se clavaron en Núñez. “La Nerina lo sabe mejor que nadie. Todo el día ahí, entre las plantas. Sola con el Gurí. Y ojo que ahora no hablamos de un mocosito. El Gurí andaba por ahí con su bigote de cuatro pelos ya. La seguía por toda la casa, como siempre. Nomás que ahora la seguía a más distancia. La espiaba. Mirándola de reojo. Y parece que la seguía y la miraba y se tocaba. Y la Nerina se daba cuenta. Lo veía y pensaba en Buenos Aires. Y cada vez más el Gurí le recordaba lo que había venido a olvidar. Y todo el tiempo la atormentaba. La miraba. La seguía. La miraba. Se tocaba. Y la Nerina lo sabe. La naturaleza no se corrige. Por eso lo mató. Porque el Gurí era Buenos Aires. Porque la miraba. Porque se tocaba. Por Buenos Aires. Por la maestra. Porque lo sabe. Por eso mismo lo mató.”

Vicky  
24/05/2011